

Polvo y luz

Corría a toda velocidad calle abajo. Con el viento vibrando en sus oídos no escuchaba nada más. Montado en lo que fuera en otro tiempo su vaina de carreras era fácil concentrarse sólo en el siguiente cruce. No le cogerían esta vez, ni las anteriores. Ya había perdido la cuenta de en cuántas ocasiones se había salido con la suya. No era complicado, sólo hacía lo que él pensaba que era lo mejor, igual que todos. Para él no era más que un juego. En realidad, con todas las cámaras de vídeo que había repartidas por la ciudad, habría sido muy fácil darle caza. Pero a él le bastaba con relajarse y dejarse llevar. Concentrarse en cruzar el objetivo en el momento preciso en el que el supervisor de turno no miraba la pantalla que le capturaba, pasar justo por el ángulo muerto de la calle, sincronizarse con el camión que le haría de biombo... Todo era cuestión de luz, estar atento a las señales. La clave estaba en su cabeza, por ahora en el casco.

Después de una entretenida persecución más llegó a casa. Una de tantas. Según estaban las cosas no tardaba mucho en mudarse. Sin embargo, por poco que durara viviendo en un sitio le gustaba decir eso, que llegaba a casa. En cierto modo, cuando cruzaba el umbral y cerraba la puerta se sentía como al meter todas las fichas del parchís en el triángulo final. Se quitó el casco. Sabía que sin él le era imposible conectar con su doble luminoso, pero necesitaba descansar. Todavía no había conseguido ajustarlo del todo, y si no estaba muy concentrado en una tarea, la avalancha de información en su cabeza se hacía insoportable. Admiraba al guía que le había planteado las primeras ideas sobre la luz. Él sí que era capaz de controlarse y moverse entre los diferentes planos, aprovechar la información sin verse abrumado. ¿Cómo sería el mundo cuando todos fueran conscientes y pudieran controlarlo? Seguía sin entender muy bien el proceso, pero el caso es que funcionaba. —A veces es mejor no hacerse preguntas— pensó. Acto seguido retomó la tarea que le quitaba el sueño desde hacía dos meses: mejorar el sintonizador. Quería reducir el tamaño, ya que el sistema actual integrado en el casco era demasiado grande e impedía acciones discretas. Y lo más importante, necesitaba adaptar el ancho de banda del filtro para contener de forma efectiva la información. Tarde o temprano lo lograría, estaba seguro.

Antes de ponerse a trabajar en el sintonizador, tenía que limpiar los contactos con cuidado y esmero. Había polvo en todas partes. Ya no se acordaba de cómo era vivir sin él. En casa, incluso a pesar del purificador de aire y el aspirador programable, aún teniendo las puertas y ventanas cerradas el polvo se colaba. En la calle muchos iban con mascarilla, pero ayudaba poco, el polvo se acababa colando. Tras un par de horas trabajando, decidió hacer una prueba. Comenzó con una potencia muy baja en la que apenas podía percibir la energía del doble. Giró el potenciómetro con cuidado, muy poco a poco. Ya había tenido sustos otras veces y no era nada agradable introducirse en el torrente equivocado.

Oía cómo comenzaba a correr el torrente de luz por su espina dorsal, abriéndole las puertas. Se fueron aclarando poco a poco ante él las vidas de los que fueron antes, de los que serán y de los que son. En el torrente el tiempo es circular, por eso el pasado el presente y el futuro son lo mismo. Y como siempre, la vio pasar a ella. Sintió una punzada en el estómago y la vio alejarse. No acababa de acostumbrarse a esa sensación de recuperarla y perderla al mismo tiempo. Respiró. Puede que fuera mejor aumentar la potencia al máximo sin pensar en el riesgo, sin temor a lo desconocido. Dejar que el corazón se le expandiera para después desvanecerse y no volver. Ser un viajero de la luz. Formar parte del polvo.